

OPINIÓN

LA CLASE MEDIA EN MUTACIÓN:
EL CENTRO DE LA PIRÁMIDE QUE
SE DESVANECEEDUARDO WALLS
BARRIOSEconomista | CEO y Socio Fundador de
Strategio Business Consulting · Mexico

ID 0009-0001-2063-9800

Desde mi punto de vista, lo que estamos viviendo es una mutación de la clase media, más que una mera desaparición. No todos los países la están perdiendo igual, y en algunos contextos emergentes la clase media ha crecido, pero su resiliencia es débil. El rasgo definitorio es la polarización: los que están por encima («upper middle» y clase alta) avanzan con fuerza, los que estaban más bajos tienen menos protección y movilidad, y el centro pierde capacidad de ser plataforma de ascenso. Esto tiene consecuencias profundas: la clase media históricamente ha sido el motor del consumo, la innovación y la estabilidad política. Si se debilita, las sociedades pueden volverse más volátiles, más dependientes de extremos y menos preparadas para la disrupción. En zonas como el Norte

de África y en América Latina en particular, vemos que, aunque hubo avances, la «trampa de ingresos medios» (*middle-income trap*) y la informalidad laboral amenazan la consolidación de la clase media.

I. Introducción: el temblor silencioso del centro

Durante buena parte del siglo XX, la clase media se convirtió en el gran símbolo del progreso moderno. Fue la columna vertebral de las democracias occidentales, el motor del consumo masivo, y el espacio donde millones de familias encontraron un equilibrio entre esfuerzo, bienestar y movilidad social. Ser clase media implicaba algo más que un nivel de ingreso: representaba la promesa de un futuro alcanzable, la posibilidad de que el trabajo honesto se tradujera en seguridad, estabilidad y dignidad.

Esta clase media emergió y se consolidó en un contexto único: crecimiento económico sostenido, industrialización acelerada, expansión educativa, fortalecimiento de los estados de bienestar y mercados laborales más estables que los actuales. Durante décadas, la idea del «ascenso social» parecía ser la norma y no la excepción. Pero las últimas dos décadas han alterado este paisaje. Ese punto

de equilibrio que mantenía cohesionadas a las sociedades parece resquebrajarse. La clase media (el grupo que sostenía el consumo moderaba las tensiones sociales y actuaba como amortiguador entre riqueza y pobreza) se está reduciendo o transformando de manera acelerada en buena parte del mundo.

Hoy observamos un fenómeno inquietante: la pirámide social, antes ancha y robusta en su centro, comienza a estirarse por sus extremos. Crece la concentración de riqueza en la cúspide. Crece la vulnerabilidad en la base. Y el centro, que antes absorbía los shocks económicos, culturales y políticos, pierde densidad, seguridad y poder adquisitivo.

No se trata únicamente de desigualdad o pobreza. Lo que está en juego es algo más profundo: la desaparición del espacio psicológico y económico que definía a la clase media como lugar de esperanza, movilidad y estabilidad.

Esta erosión no es homogénea: varía por región, sector y estructura estatal. Pero el patrón es claro y global. En muchos países, los salarios ya no alcanzan para sostener el estilo de vida que antes definía a la clase media. Los costos esenciales (vivienda, salud, educación, transporte) crecen más rápido que los ingresos. La estabilidad laboral se debilita. Y la meritocracia, que durante décadas funcionó como mitología colectiva, ya no garantiza ascenso.

Ante este panorama, surge una pregunta inevitable y profundamente reveladora: ¿Estamos presenciando la desaparición de la clase media... o su metamorfosis hacia una forma más frágil, más tensa e incierta? Una pregunta que no solo interpela a economistas y sociólogos, sino a gobiernos, empresas, familias y ciudadanos. Porque el futuro de las sociedades dependerá, en gran medida, de la respuesta.

II. Qué era la clase media: una definición que se desdibuja

Definir la clase media siempre ha sido un desafío, porque no se trata únicamente de ingresos, sino de expectativas, seguridad y estilo de vida. Aun así, en términos estrictamente económicos, el Banco Mundial suele ubicarla entre quienes ganan entre 10 y 50 dólares al día, ajustados por paridad de poder adquisitivo. Es

una definición útil estadísticamente, pero insuficiente para capturar la complejidad del fenómeno.

Durante décadas, ser clase media significó algo más profundo: una sensación de control sobre el futuro. Implica poder pagar educación sin endeudarse por décadas, acceder a servicios de salud confiables, viajar ocasionalmente, tener un automóvil, ahorrar un porcentaje del ingreso y, sobre todo, cultivar la esperanza de que los hijos vivirían mejor que los padres. Esa mezcla de estabilidad material y optimismo intergeneracional es, en esencia, lo que definió a la clase media del siglo XX.

Este grupo emergió con fuerza en la segunda mitad del siglo pasado gracias a un contexto muy particular: un ciclo prolongado de crecimiento industrial; la expansión del crédito y del consumo masivo; la consolidación de los sindicatos; mercados laborales más estables; y en muchos países, la creación de Estados de bienestar que ofrecían seguridad social, educación pública de calidad y protección frente a riesgos. Las clases medias urbanas se convirtieron en símbolo de movilidad social, de progreso y de una promesa compartida: trabajar duro tenía recompensa.

Hoy, esa definición se desdibuja a una velocidad inquietante. Tener empleo formal, contar con títulos universitarios o incluso poseer una vivienda ya no garantiza pertenecer a la clase media. Los costos de vida (especialmente vivienda, salud, educación y transporte) crecen de manera más acelerada que los salarios reales. Muchos trabajadores con formación profesional viven con el mismo nivel de vulnerabilidad que antes se asociaba a estratos más bajos.

A la par, la estabilidad laboral se ha erosionado. Las cadenas globales de producción, la automatización, el trabajo por proyectos y la economía digital han fragmentado la seguridad que antes ofrecían los empleos de largo plazo. La volatilidad económica ya no es una excepción, sino parte del paisaje cotidiano. El resultado es una paradoja contemporánea: el mérito ya no asegura movilidad. El esfuerzo es necesario, pero no suficiente. La educación ya no

garantiza ascenso. La estabilidad no está asegurada por el trabajo formal. Y el ahorro, para muchos, se ha convertido en un lujo.

Hoy, el concepto de clase media está dejando de ser una condición socioeconómica y transformándose en una aspiración frágil, una narrativa de estabilidad que cada vez menos personas pueden sostener de manera real. Lo preocupante es que, en muchos países, la clase media no solo está estancada: está retrocediendo, desplazándose hacia zonas de vulnerabilidad que antes no le eran propias.

III. La evidencia: el centro que se encoge

Los datos provenientes de distintos organismos internacionales confirman un fenómeno que ya se percibe en el día a día: la clase media está perdiendo peso, influencia y estabilidad en buena parte del mundo.

En Estados Unidos (la economía que históricamente encarnó el «sueño de la clase media») la participación de este grupo en el ingreso total cayó de 62 % en 1970 a apenas 43 % en 2022, según el Pew Research Center. Esta disminución no solo refleja un cambio económico, sino también un profundo reajuste cultural: cada vez menos familias sienten que pueden vivir con seguridad financiera, sostener el mismo nivel de vida que sus padres o aspirar a una movilidad ascendente.

Europa presenta un patrón similar. Aunque el estado de bienestar ha amortiguado algunos impactos, dos tercios de los países europeos reportan una contracción de su clase media desde 1990. En muchos casos, el problema no es únicamente el retroceso del ingreso, sino la pérdida de certezas: empleo estable, vivienda accesible y servicios públicos adecuados.

A nivel global, la tendencia es igual de alarmante. El Banco Mundial y la OCDE coinciden en que, por primera vez desde los años noventa, la clase media mundial se redujo en términos absolutos. Cerca de 90 millones de personas cayeron por debajo de los umbrales considerados como clase media durante los años de la pandemia, y 131 millones entraron en situación de pobreza. Esto rompió un ciclo de tres décadas de expansión moderada pero sostenida. Las economías emergentes, que habían experimentado un notable

crecimiento de sus clases medias entre 2000 y 2015, mostraron su fragilidad estructural. En América Latina, el Banco Interamericano de Desarrollo acuñó el término «*clase media frágil*» para describir a quienes mejoraron sus ingresos, pero carecen de protección social, ahorro y estabilidad suficiente para resistir choques económicos.

Este concepto es clave: la clase media latinoamericana no se consolidó; ascendió sin red de seguridad. Por eso, cualquier crisis (una recesión, una enfermedad, una pérdida de empleo) puede devolverla rápidamente a la vulnerabilidad.

El fenómeno no es aislado ni anecdótico. En países como México, Chile o Brasil, millones de personas que durante los años de bonanza se incorporaron a la clase media, hoy enfrentan una realidad contradictoria: tienen mayor educación, consumen más bienes y servicios, acceden a tecnología y crédito, pero no logran consolidar patrimonio, ni estabilidad financiera, ni una expectativa clara de ascenso.

Lo que creció no fue una clase media robusta, sino una clase media expuesta: sin ahorros, con empleos más inestables, con altos niveles de endeudamiento y con una vulnerabilidad crónica ante cualquier shock. En otras regiones del mundo, los patrones son similares.

En partes del sudeste asiático, la expansión de la clase media fue significativa hasta 2019, pero se revirtió en los años siguientes. En África, el crecimiento demográfico supera con creces la capacidad de generar empleos de calidad, lo que impide consolidar una clase media estable. La conclusión es contundente: el centro de la pirámide social no solo se está encogiéndose, se está debilitando estructuralmente. Y con él, se debilita la estabilidad económica, la cohesión social y la promesa meritocrática que sostuvo a las sociedades modernas durante décadas.

IV. Por qué se resquebraja el centro: los motores de la polarización

Factores económicos: el primero y más evidente es el estancamiento salarial. En la mayoría de los países,

los sueldos reales de la clase media no han crecido al ritmo de la productividad ni del costo de vida. La automatización y la digitalización han desplazado empleos intermedios (aquellos que requerían habilidades medias y sostenían ingresos estables), sustituyéndolos por trabajos precarizados o altamente especializados. La globalización, además, concentró los beneficios en las empresas y en los trabajadores más calificados, mientras redujo el margen de quienes producían en el «medio».

Factores sociales y culturales: los cambios en la estructura familiar, las nuevas formas de consumo y el costo de la educación o la vivienda han modificado los patrones de movilidad. Hoy, un hogar puede tener dos ingresos y aun así vivir con ansiedad financiera. La llamada *Great Gatsby Curve* muestra una correlación directa: los países con mayor desigualdad económica tienen menor movilidad intergeneracional. Es decir, nacer pobre hoy equivale a tener menos probabilidades de salir de la pobreza que hace treinta años.

Factores institucionales y políticos: Los sistemas de bienestar se han debilitado. En muchos países, los servicios públicos no compensan las brechas, y la clase

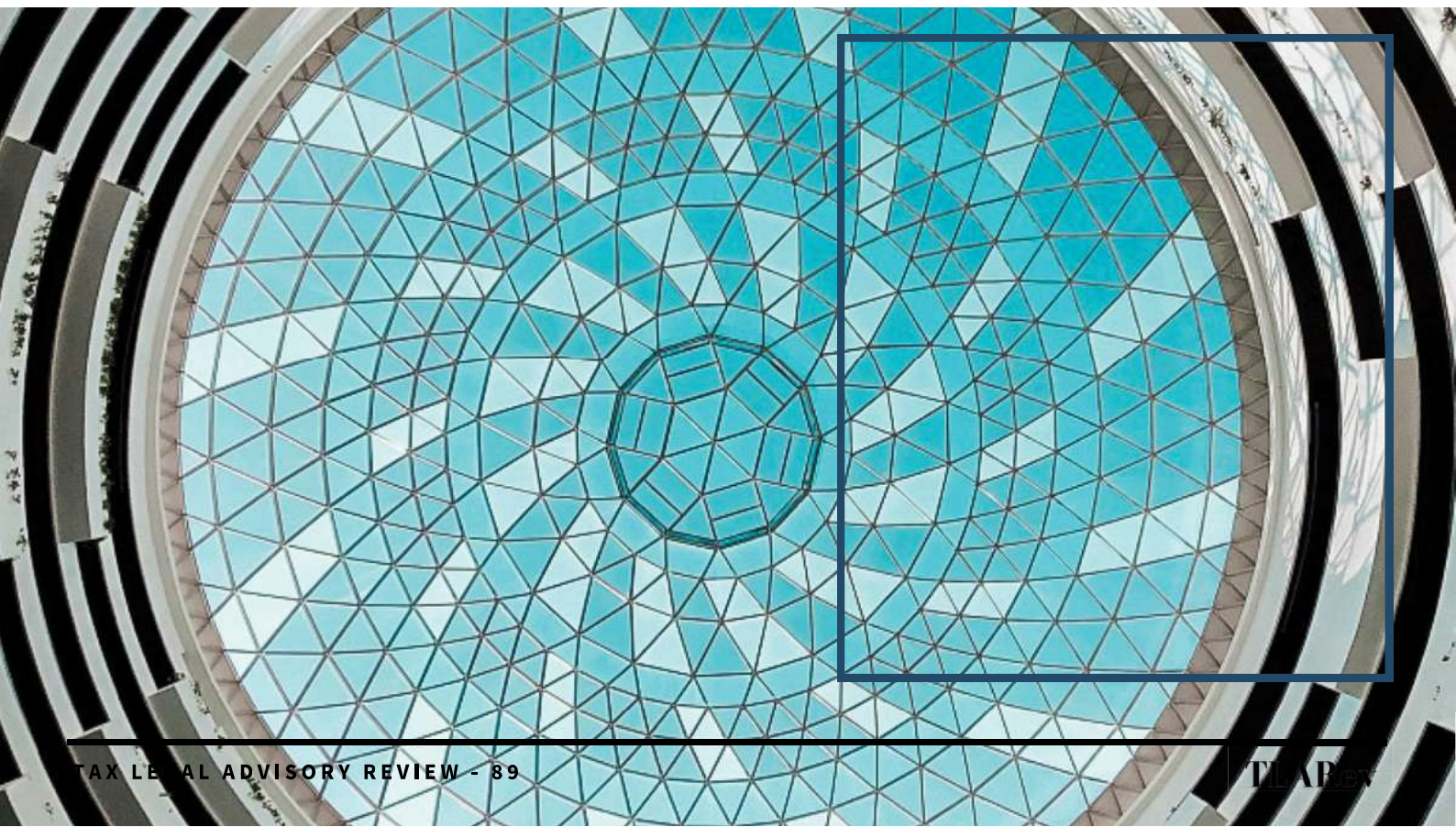
media termina pagando doble: impuestos altos y servicios privados para garantizar educación o salud de calidad. La falta de seguridad social, vivienda accesible y redes de protección hace que incluso sectores con educación superior vivan en precariedad oculta.

Factores coyunturales: las crisis de 2008, la pandemia de 2020 y la inflación global posterior golpearon duramente los ingresos intermedios. A diferencia de los más ricos (que protegen su riqueza en activos financieros) o los más pobres (que ya viven fuera del mercado formal), la clase media absorbe el impacto directo del ciclo económico.

V. Los polos que crecen: dos mundos paralelos

Mientras el centro se adelgaza, los extremos se ensanchan. La clase alta ha incrementado su participación en el ingreso global y en el patrimonio neto. El 10 % más rico del planeta concentra cerca del 76 % de la riqueza financiera, según Allianz Trade. Los mecanismos de acumulación (inversión bursátil, propiedad de activos, capital tecnológico) han favorecido a quienes ya estaban en la cima.

En el otro extremo, la clase baja se amplía: trabajadores informales, empleos de baja productividad, economías sin acceso a crédito ni estabilidad. No son los más pobres de todos, pero sí



los más desprotegidos. El resultado es una economía de dos velocidades: una orientada a la élite global, y otra sumergida en la supervivencia cotidiana. En el medio, la clase media intenta sostener su estilo de vida a crédito, con frustración creciente y confianza decreciente.

VI. Las consecuencias: economía, sociedad y cultura

La contracción del centro tiene implicaciones profundas:

Económicas: el consumo de masas se debilita. La clase media es el motor del mercado interno; si pierde poder adquisitivo, las economías se vuelven más dependientes del crédito y del consumo de lujo. Además, la concentración de riqueza reduce la innovación social y la diversificación productiva.

Sociales: aumentan la ansiedad, la inseguridad y la sensación de injusticia. El «*sueño de la clase media*» (estudiar, trabajar, progresar) ya no se percibe como alcanzable. Esta frustración se traduce en polarización social y política, desconfianza institucional y radicalización de discursos.

Culturales: la clase media ha sido, históricamente, el molde de las aspiraciones colectivas. Su declive implica también un cambio cultural: la redefinición del éxito, el consumo aspiracional y la identidad social. El «*vivir mejor*» se transforma en «*sobrevivir con dignidad*».

VII. La contratación de la clase media a nivel mundial: una mirada por regiones

La reducción de la clase media no es un fenómeno aislado ni local: es una tendencia global con matices distintos según cada región. Aunque las causas varían (desde la automatización hasta el encarecimiento de la vivienda) el patrón central se repite en casi todos los continentes: la clase media pierde peso, seguridad y movilidad. A continuación, un panorama profundo, dividido por regiones.

1. América del Norte: prosperidad aparente, estabilidad erosionada

En Estados Unidos y Canadá, la clase media fue durante décadas el modelo aspiracional del mundo occidental. Sin embargo, hoy se enfrenta a: estancamiento salarial de más de 40 años; aumento explosivo del costo de vivienda universitaria y médica; y mayor dependencia

del crédito para sostener el estilo de vida.

En EE. UU., la clase media pasó de concentrar 62% del ingreso total en 1970 a 43% en 2022. La brecha entre la élite económica y el resto se amplía de manera estructural. En Canadá, aunque los servicios públicos amortiguan la caída, los jóvenes enfrentan hoy el mercado de vivienda más inaccesible en la historia moderna del país. En conclusión: la clase media existe, pero se financia a crédito y vive con menos estabilidad intergeneracional.

2. Europa: un modelo en tensión

Europa fue el continente donde la clase medio se consolidó más firmemente gracias a los estados de bienestar. Pero desde 1990: dos tercios de los países reportan contracción de su clase media; la vivienda en capitales como Londres, Berlín, París o Ámsterdam se volvió prohibitiva; y la inflación energética tras la guerra en Ucrania golpeó con fuerza a hogares medios.

El sur de Europa (España, Italia, Grecia, Portugal) sufrió especialmente la crisis de 2008 y nunca recuperó plenamente su fuerza laboral juvenil. Europa del Este tiene otro desafío: creció su clase media tras la caída del bloque soviético, pero hoy enfrenta una acelerada emigración juvenil y salarios que no alcanzan los estándares de la clase media occidental. En conclusión: Europa mantiene su clase media, pero está envejeciendo, endeudándose y reduciendo expectativas.

3. Asia: el ascenso más grande y la vulnerabilidad más expuesta

Ningún continente elevó a tantas personas a la clase media como Asia, especialmente: China, con más de 800 millones de ascensos en 30 años; India, con un crecimiento económico que promete un salto masivo similar; y el Sudeste Asiático, con economías como Vietnam, Indonesia y Filipinas expandiendo su consumo interno.

Pero ese ascenso tiene grietas. Gran parte de la nueva clase media china depende de un modelo inmobiliario hoy en crisis. En India, la clase media es amplia en número, pero no en riqueza ni estabilidad. En el Sudeste Asiático, la clase media depende del

empleo informal o de sectores altamente volátiles.

La pandemia mostró que una gran parte es una clase media precaria, sin ahorros suficientes para resistir choques. En conclusión: Asia es el motor del nuevo consumidor global, pero su clase media aún no alcanza la solidez institucional de Occidente.

4. África: crecimiento demográfico son consolidación económica

África es el continente con mayor potencial de expansión futura de clase media, pero hoy enfrenta: empleo insuficiente para absorber a la población joven; vulnerabilidad extrema ante inflación alimentaria; falta de redes de seguridad social robustas; y dependencia de sectores extractivos o informales. Según el Banco Africano de Desarrollo, cerca de 350 millones podrían considerarse «*clase media emergente*», pero más de la mitad vive con ingresos tan volátiles que una sola crisis sanitaria o económica puede devolverlos a la pobreza. En conclusión: África está construyendo la clase media del futuro, pero su estabilidad aún no está garantizada.

5. Oceanía: estabilidad con alertas crecientes

Australia y Nueva Zelanda tienen clases medias históricamente estables, pero enfrentan un desafío común: la vivienda es la menos accesible del mundo, especialmente en Sídney, Melbourne y Auckland; los salarios no crecen al ritmo del costo de vida; y la inmigración presiona el mercado inmobiliario, reduciendo oportunidades para los jóvenes. En conclusión: alta calidad de vida, pero un futuro donde la clase media podría reducirse por barreras de entrada patrimonial.

6. América Latina en contexto global: el espejo de la fragilidad mundial

Latinoamérica ofrece un caso ejemplar porque muestra lo que sucede cuando una clase media crece sin cimientos: avances rápidos, consumo creciente, pero sin ahorro, patrimonio ni estabilidad laboral. Lo que se vivió en América Latina anticipa tendencias que ahora se observan en otros continentes: clases medias grandes en número, pero vulnerables en esencia.

7. La conclusión global: un fenómeno sistémico

Al observar el mapa completo, aparece un patrón común: la clase media crece en ciertos lugares, pero no

en estabilidad. En países desarrollados, es una clase media que pierde poder adquisitivo. En economías emergentes, es una clase media que sube sin consolidarse. Y en regiones pobres, es una clase media incipiente y extremadamente vulnerable.

VIII. ¿Desaparición o metamorfosis?

Hablar de desaparición es, quizá, demasiado fatalista. Más bien, estamos viendo una metamorfosis: la clase media se redefine en torno a nuevos parámetros. Ya no es solo un nivel de ingreso, sino una combinación de educación, conectividad y resiliencia emocional.

La nueva clase media global es digital, autónoma, más consciente del entorno, pero también más vulnerable y sin red de protección. Algunos la llaman «*la clase ansiosa*»: conectada, informada y permanentemente al borde de la incertidumbre.

IX. Conclusión: reconstruir el puente

El futuro de las sociedades dependerá de su capacidad para reconstruir un centro fuerte. Sin clase media, las economías pierden estabilidad, las democracias pierden equilibrio y las personas pierden esperanza.

Reconstruirla implica políticas que fomenten empleo formal, educación accesible, vivienda digna y sistemas fiscales progresivos; pero también requiere un cambio cultural: volver a creer que el esfuerzo tiene recompensa. La clase media no está muerta, está en espera de una nueva narrativa. Y quizás de nosotros dependa de que esa narrativa no sea de nostalgia, sino de reinención.

La desaparición de la clase media no es un accidente, es una consecuencia. Y su recuperación no será estadística, sino moral: cuando el mérito vuelva a tener sentido, y el futuro vuelva a sentirse posible.